

Almudi.org. La verdad La verdad como inspiración Querido Carlos:  
... El relativismo, como ves, se mueve en los dos planos, el teórico y el práctico. Pero el problema principal no sería tanto su formulación teórica, de la cual te he puesto tres ejemplos que dan lugar a complicados debates sobre las relaciones entre verdades teóricas y prácticas, sino la insospechada vigencia social que hoy tiene. No sólo es una actitud de much...

La verdad como inspiración

Querido Carlos:

...

El relativismo, como ves, se mueve en los dos planos, el teórico y el práctico. Pero el problema principal no sería tanto su formulación teórica, de la cual te he puesto tres ejemplos que dan lugar a complicados debates sobre las relaciones entre verdades teóricas y prácticas, sino la insospechada vigencia social que hoy tiene. No sólo es una actitud de mucha gente, sino un criterio práctico que tolera cualquier tipo de conducta y suprime la noción de norma estable a la cual la libertad deba atenerse. Es obvio que hablo de conducta moral desvinculada de cualquier otra institución que no sea el estado. Es obvio que trazarte un cuadro mínimamente indicativo de una cuestión tan compleja nos llevaría muy lejos. No es mi propósito hacerte reflexiones moralizantes sobre la desvergüenza de la sociedad actual, como si fuera una abuela victoriana. Prefiero que tú te hagas tus propias reflexiones al respecto.

Trato ahora de resaltar algo tan sencillo como el sentido de la verdad. Imagina por un momento que la verdad universal exista: sería una suerte de conformidad de las cosas consigo mismas. Los griegos la llamaron verdad ontológica. Es la primera dimensión: la verdad como realidad.

Imagina además que mi mente es capaz de descubrir esta coherencia interna del universo (lo admiten muy fácilmente los físicos; a Einstein le gustaba mucho hablar de ello). Eso querría decir que la verdad no es una creación de mi intelecto, una suerte de evidencia con la que yo me satisfago a mí mismo en mi ansia de seguridad racional, sino más bien: el universo tiene un sentido, una lógica que puedo descubrir. Es el sentido aristotélico de la verdad: mi mente y la realidad se adecuan. Es la segunda dimensión: la verdad como

manifestación, como adecuación de mente y cosmos.

Es ésta una discusión apasionante en la que los científicos gastan mucho tiempo. Ni con mucho están de acuerdo. Estamos ante la noción de finalidad. Si el universo tiene una lógica, entonces hay un proceso. Si hay un proceso, un sentido surge cuando el proceso culmina. Las cosas desembocan en algo: no son puro azar. Te hago notar esto sólo por un momento para que sea plausible nuestra imaginación: la verdad universal es interna al universo mismo (primera dimensión), y yo tengo acceso a ella (segunda dimensión). Mi capacidad de razonar es, si me permites el símil informático, el *password* que me abre el fichero codificado del cosmos. Pero alguien ha puesto allí el software.

Admitir esto tiene indudables ventajas. El universo y la historia se convierten en algo unitario que puedo entender. El esfuerzo intelectual de la humanidad no sería una serie discontinua de intentos de creación de sentido en un mundo que no lo tiene, sino la historia del descubrimiento del sentido, del universo y de la propia vida, de la historia y libertad humanas: podemos entender a los demás porque ellos buscan lo mismo que nosotros: la lógica del mundo.

Esta postura, enunciada de modo muy incipiente e imperfecto, es más fructífera que cualquiera de las formas de relativismo que antes te señalé. Pero aún hay más. Admitir la verdad universal sucesivamente descubierta, como una tierra ignota que va siendo explorada y colonizada, permite algo extraordinariamente interesante: la inspiración de mi libertad. Me explicaré.

La tercera dimensión de la verdad es el encuentro con ella. La verdad ocurre en la vida humana, tiene lugar. No es sólo un descubrimiento intelectual, una coherencia lógica. Tiene que ver con la acción. Se trata, por así decir, de la dimensión existencial de la verdad, de su relación con la libertad. Es un aspecto que no suele considerarse, pero es, quizá, el más importante: «La verdad os hará libres», dijo Jesucristo.

La existencia humana es temporal, transcurre en un fluir de vida lleno de sucesos efímeros. El hombre, cuando vive, acumula experiencia. La experiencia es el saber que se va logrando a través de la vida vivida temporalmente. En este ámbito sapiencial de la experiencia es donde tiene lugar el acontecimiento humano por excelencia. Se trata, como te digo, del encuentro con la verdad.

Primero te lo voy a describir. El encuentro no es un descubrimiento intelectual, ni una intuición, ni siquiera es el asombro del filósofo que se queda extasiado ante el fulgor del mundo. El asombro es una experiencia distinta, de menos nivel. De algún modo

es la experiencia de una verdad ausente, misteriosa. Pero el encuentro es distinto. Se trata de una presencia, de una manifestación.

El hombre es un ser que viaja, que transcurre de un tiempo a otro. En el curso temporal de la vida aparece de repente lo erguido, lo que se destaca, lo que se cruza en mi camino. Este carácter subitáneo del encuentro se debe a la aparición de la verdad. De repente, algo se pone a relampaguear, a irradiar, hay algo que se torna evidente: es ella.

La verdad afecta tan profundamente al hombre que le conmueve por completo. Ésta es la primera consecuencia del encuentro: la conmoción. El ejemplo más clásico es el enamoramiento. Se puede enamorar uno de una persona, pero también de un paisaje, de una idea, de una causa, de un acto o una vida ejemplares. La conmoción adquiere un verdadero carácter de metanoia, de conversión interior. Es la segunda dimensión del encuentro: me transformo interiormente, descubro que en mi vida ha faltado esa verdad que he encontrado. Mi vida anterior parece vacía, pobre, pequeña, sin interés, errabunda, sin sentido último. No me reconozco a mi mismo en ella. Me parezco despreciable y equivocado: tengo que cambiar, porque hasta entonces he perdido el tiempo.

El cambio consiste en recibir la tarea que la verdad me encarga. He de abrir mi vida a una ocupación. El encargo es novedoso, me cambia. Éste es la tercera característica del encuentro: la reorganización de mi vida para dedicarme a cumplir el encargo que me adviene en el encuentro con la verdad. En definitiva, me hago cargo de la verdad, me sitúo ante ella porque ella se sitúa ante mí: me encarga una tarea, una conquista. La verdad merece ser conquistada, y ésa es la tarea que aparece como novedad: hacerse con ella.

Un cuarto carácter del encuentro es que me dota de inspiración: un impulso para ejercer mi libertad tratando de reproducir y expresar la verdad con la que me he encontrado, y hacerla realidad en mi vida. Inspiración es actuar conforme al encargo, a la tarea. La verdad tiene un carácter dinamizante respecto de mi operar. Actúo para responder a la verdad encontrada. Cuando el encuentro tiene carácter personal, por ambas partes, puede ser máximamente inspirativo, porque no es algo inerte: el otro, la otra, me puede responder si diseño mi vida y mi libertad inspirándome en ella, aceptándola como parte de mi propio proyecto. La verdad llama, tiene voz. Es alguien que soy capaz de oír. Es lo que algunos llaman vocación. El encuentro personal es la máxima verdad, porque despierta las energías humanas más nobles: las que proceden de mi capacidad de dar. El otro, la otra, sólo pueden ser míos si yo me doy a ellos, y viceversa.

La inspiración se torna también, y es el quinto carácter del

encuentro, búsqueda. El hombre ha entrevisto la verdad, pero no se le da ya poseída con carácter estático y estable: puede borrarse, alejarse. La verdad se muestra, pero no se entrega. Ha de ser conquistada, seguida, buscada. El hombre espera el regreso de la verdad, su darse, su condescender conmigo, su mostrarse a mí. La realidad, el otro, viene a mí, me busca. Por eso, lo más maravilloso que a uno le puede suceder en la vida es tener un encuentro personal con la verdad, encontrar una persona verdadera para mí. No cabe mayor inspiración.

Encuentro es, por definición, encuentro con la verdad. Sus consecuencias son múltiples, y afectan a toda mi vida posterior. Una vida sin inspiración carece de verdad. El encuentro puede ser más o menos intenso, y puede tener muy distinto carácter: podemos encontrar la verdad, como te digo, en un teorema matemático, en una persona de la que nos enamoramos, en una tierra que perteneció a nuestros antepasados y donde descubrimos las raíces de nuestro pasado y nuestro futuro; podemos encontrarla en el ejemplo de un sabio, de un santo, de un hombre de acción, cuyo ejemplo nos conmueve y nos transmite una verdad, una tarea que es preciso completar y reproducir de nuevo. Nos podemos enamorar de una obra literaria, de un autor, de un Dios encarnado que se hace Niño y nos llama a una vida de sacrificio... Hay tantas formas de encuentro como personas. Todas ellas tienen un carácter inspirativo. Lo decisivo es preguntarnos qué verdad inspira nuestra vida, qué alcance tienen una y otra.

Entenderás ahora que cuando me encuentro con la verdad, cuando se me manifiesta un trozo del sentido de lo real, se pone en marcha mi capacidad creadora. El hombre y la mujer encuentran en la verdad un arranque a su capacidad reproductora y artística. Primero porque la verdad hay que decirla, expresarla, formularla. Es una tarea ingente, que los hombres de todos los tiempos han procurado llevar a cabo. Después, porque hay que reproducir la verdad, crear su réplica. Es el sentido más alto de toda creación artística: expresar la verdad en una obra nueva.

La tarea de mi vida, mi libertad, es también una creación, una recreación, un desarrollo, una réplica de la verdad. La verdad no es plena si sólo se conoce, si el hombre no la ejerce y plenifica. No se trata sólo de entenderla, sino de llevarla a cabo, de vivir la vida humana desde la inspiración que inculca. La verdad y la vida humana se necesitan mutuamente para quedar cumplidas.

Sé que estoy jugando, al hablar así contigo, con el plano artístico, el ético y el existencial. Pero la verdad trasciende esos planos, y al tiempo está presente en todos ellos. No es una expresión poética. Es algo que verás como evidente si lo piensas. Decía Platón

que la verdad es el deseo de engendrar en la belleza. Este pensamiento apunta en esa dirección: la verdad es bella, y despierta mi deseo de expresarla y reproducirla. Es un hecho muy claro en la vida de muchos hombres, grandes y pequeños, que una verdad vista claramente en un momento ha marcado el rumbo de su vida de modo definitivo. Las grandes gestas humanas (artísticas, religiosas, políticas, intelectuales...) son fruto de la inspiración que una determinada verdad ha puesto en las vidas de sus protagonistas.

Negar que la verdad existe es negar la mayor parte de la grandeza del hombre. Suprimirla es suprimir la inspiración, el arte, e incluso el ejercicio de la libertad. La verdad es algo demasiado grande como para verla sólo como algo puramente intelectual. No. La verdad es, por así decir, un elemento constitutivo de la vida humana. Toda vida humana tiene su verdad inspiradora. Si se adopta una verdad recortada, baja, la inspiración será del mismo calibre. El crecimiento del hombre se realiza por su inspiración. Es ella la que enciende las alas de las dormidas capacidades humanas. Por eso las gestas son tan decisivas. Expresan la máxima tensión de conquista, de esfuerzo, de expresión de una verdad captada. Y una gesta puede ser, simplemente, subir una montaña: ¿por qué? Porque está ahí como dijo sir John Hunt, primer conquistador del Everest, en 1953. La montaña es una verdad puesta ante mí. Y pisar su cumbre es poseerla. Quien no entiende el dinamismo humano que late en esa gesta no entiende al hombre mismo.

El hombre no puede vivir sin la verdad. Carecería de inspiración. La de sir John Hunt fue concebir, organizar y dirigir la expedición que el 29 de junio de aquel año impulsó a Hillary y Tensing hasta la cumbre. Sin inspiración la libertad no se despliega, no se desarrolla. Queda inédita. Podrás entonces entender que la alegría es la primera expresión humana de haber encontrado la verdad. ¡Hillary y Tensing dieron saltos de júbilo en el techo del mundo. Con la alegría ya estoy añadiendo algo a la verdad encontrada y llevada a cabo. Y añadir es prerrogativa exclusivamente humana. No es extraño que un mundo relativista sea un mundo triste. No puede concebir la verdad como un encuentro y un encargo recibido. Por eso se sustituye por su tratamiento técnico. En él sólo cuenta el resultado, asunto del que ya te hablé. El resultado es el éxito de la eficacia. Si lo que nos interesa es la pura estadística de subir un pico de ocho mil metros: ¿dónde queda el sentido de la aventura, la emoción, la alegría? En ninguna parte: el resultado, una vez conseguido, deja paso al vacío, no deja nada tras de sí: es un momento, una formulación abstracta, una estadística, un currículum. Pero de esto te hablaré en otra carta. Ésta quizá me ha salido demasiado pretenciosa, y no ha sabido explicar lo que quería.

Hasta muy pronto.

Ricardo Yepes, Entender el Mundo de hoy, Rialp, 1993, 53